

irritabilidad y sensibilidad; de Legallois, sobre la médula espinal y el bulbo raquídeo; de Prochaska y de Marshall-Hall, sobre los movimientos reflexivos; de Charles Bell, de Magendie y de Muller, sobre la diferencia de las raíces nerviosas, del movimiento y del sentimiento; de Graaf, sobre la generación; de Hunter y de Duhamel, sobre la reproducción de los huesos y las funciones del perostio; y por último, los trabajos de Claudio Bernard, el mas célebre representante de la fisiología experimental en Europa. Para estudiar las funciones del páncreas y el uso del jugo pancreático, este sabio formó una fistula en un individuo de la raza canina (fig. 183); para analizar las propiedades de las sustancias tóxicas, hizo aspirar á otro óxido de carbono, y á un tercero absorber curare (figs. 184 y 185) por el estómago; y por último, para determinar la influencia de los nervios en las glándulas salivales, dejó al descubierto las venas de la glándula sub-maxilar (fig. 186), separando la mitad superior del músculo digástrico (fig. 187).

»Por otra parte, la cirugía conservadora debe mucho á las operaciones fisiológicas en los animales vivos; y sería muy injusto desconocer las grandes ventajas que han reportado al hombre enfermo los ensayos hechos en pobres mamíferos. Hay cosas tan evidentes que no se discuten.

»Por grande que pueda ser nuestra solicitud por los animales, dice á su vez M. Samson, hay un sentimiento que se antepone á ella con toda su fuerza, y es el interés de nuestra propia conservación y de nuestro mejoramiento. Este principio de filosofía social se llama *utilidad*.

A pesar de reconocer plenamente todos los servicios que nos prestan los perros, y guardarles por ello el agradecimiento de que les somos deudores, no puedo decidirme á hacer un estudio detallado de sus casi innumerables razas, por lo que me limitaré á tratar de las mas importantes. El estudio de las razas queda excluido del plan de la presente obra; pues no es todavía suficientemente claro el conocimiento que de ellas tenemos, y no es, por tanto, posible aducir datos comprobados por la mas rigurosa experiencia y si tan solo nuevas conjeturas. Voy á dar, pues, una rápida ojeada sobre las mas interesantes variedades, absteniéndome de inútiles indicaciones tocante á su origen y desarrollo.

#### LOS LEBRELES—CANES LEPORARI

**CARACTÉRES.**—Estos perros, perfectamente caracterizados por su cuerpo esbelto, tienen el vientre muy hundido, las piernas altas y finas, la cola larga, delgada y enroscada ligeramente, y las orejas hácia atrás y rectas, pero con la punta colgante; la cabeza afilada, puntiagudo el hocico y los labios cortos.

Llama en ellos particularmente la atención la forma del pecho, que es ancho, extenso y provisto de grandes pulmones que pueden satisfacer las necesidades de la hematosi, aumentadas por la congestión pulmonar que produce la carrera. Las partes blandas, por el contrario, son muy reducidas, á fin de establecer el equilibrio en el cuerpo, sobrecargado por el desarrollo del esqueleto torácico. Hemos observado ya esta misma estructura particular en los monos de brazos largos y en el guepardo, y aun la veremos con frecuencia; el animal que la ofrece, revela por este solo carácter su aptitud para la carrera.

Las patas del lebrele son muy delgadas, de tal modo que se ven todos los músculos con sus fuertes tendones, lo mismo que se distinguen en el tórax los músculos intercostales. Hay muchos lebreles que parecen haber sido disecados, y diríase al verlos, que son una preparación anatómica.

La cola, delgada y larga, desciende hasta bastante mas abajo de la articulación tibio-tarsiana; el lebrele la lleva tan

pronto colgante como levantada horizontalmente, ó un poco enroscada. En algunas razas, que son precisamente las mas rápidas en la carrera, está poblado de pelo este órgano.

Cubren el cuerpo pelos cortos, compactos, finos y lustrosos; pero algunas razas los tienen largos. Su color es amarillo rojizo, ó del mismo tinte leonado de corzo; los lebreles de Persia y del interior de Africa, que son los mejores que se conocen, presentan este último color. Los lebreles manchados escasean; son seres mas ó menos monstruosos, y siempre mas débiles que los individuos de color uniforme.

El aspecto y el pelaje varía en los lebreles del norte; los del sur parecen pertenecer á una raza única, representada por el lebrele persa.

**CUALIDADES, APTITUDES Y USOS.**—El lebrele ve y oye muy bien; pero el olfato es poco sutil, porque las ventanas de la nariz no tienen en el estrecho y puntiagudo hocico el lugar necesario para desarrollarse suficientemente, de modo que los nervios olfatorios no pueden extenderse en una superficie tan grande como en los otros perros.

Por sus costumbres se distinguen de todos los demás individuos de la raza canina. Es un animal egoísta en el mas alto grado; no manifiesta gran cariño á su dueño; se deja acariciar por cualquiera, y acaricia á su vez á todo el mundo; pero recibe los halagos con menos placer que otros perros, y también se encoleriza mucho mas pronto, enseñando los dientes por poco que le molesten. No se puede negar que tiene cierto orgullo y altivez, pues no tolera que se le descuide; cuando le afecta alguna cosa, late su corazón apresuradamente y tiembla todo su cuerpo.

Por todos estos caracteres no es el lebrele compañero del hombre sino hasta cierto punto. No le demuestra afecto como no se le halague continuamente; pero si otra persona lo hace también, manifiéstase con ella igualmente amistoso.

La infidelidad es en el lebrele histórica: aun no estaba muerto Eduardo III, cuando su querida le quitaba del dedo una sortija preciosa, y le abandonaba su lebrele favorito para seguir á los enemigos del rey. ¡Qué diferencia entre estos perros y los que viven sobre la tumba de sus amos sin olvidarles en mucho tiempo! ¡Cómo no se ha de admirar la abnegación del *perro del sepulcro*, que no le abandonó en siete años y acabó por morir allí!

El lebrele se conduce con los otros perros lo mismo que con el hombre. No los aprecia; le son indiferentes; pero si hay lucha, él será de fijo el que dé la primera dentellada; y es á la verdad un combatiente peligroso. A pesar de su aspecto raquítico, tiene bastante fuerza, siéndole muy ventajosa su elevada talla; coge á su adversario por la nuca con facilidad, le levanta del suelo y le sacude hasta aturdirle completamente. Los otros perros, mas nobles, tratan á los perritos con cierta consideración, y en todo caso no les muerden nunca; pero el lebrele los acomete y los mata sin el menor escrúpulo.

Este animal presta servicios á pesar de sus defectos, y es hasta indispensable para los cazadores en ciertos países. Se utiliza mas en el sur y en las estepas, que en el norte de Africa.

Los tártaros, los persas, los sirios, los indios, los beduinos, los kábilas, los árabes, los habitantes del Sudan y todos los demás pueblos del interior de Africa y de Asia, le estiman en mucho; y con frecuencia tanto como un buen caballo. Los árabes del desierto, ó mas bien, de las estepas que bordean el Sahara, acostumbran á decir:

No hay mujer que haya valido  
Lo que vale mi lebrele,  
Mi diestro halcón aguerrido  
Y mi fogoso corcel.

Esto ha pasado ya á la categoría de proverbio entre aquella gente; los que han vivido en sus pueblos, comprenderán cuánta verdad se encierra en este pensamiento.

En Alemania se emplea poco el lebrele, porque es demasiado peligroso en la caza, y por esto está prohibido para este servicio en muchos países, particularmente en Francia, por la ley de 3 de mayo de 1844. En el Crau y la Camarga, no obstante, se tolera, ya que no se permita, y hasta puede autorizarse su empleo por una orden del prefecto; pero solo los grandes propietarios pueden procurarse aun la diversion de cazar con lebrele. En otro tiempo, la caza con estos perros en Inglaterra, ó mas bien las carreras, constituían uno de los ejercicios de mas atractivo. El mayor Tophan, de Malten, en el condado de York, se hizo célebre por esta clase de cacerías, y su lebrele *Snowball* adquirió gran renombre entre los

perros de su raza. Hoy dia gustan mas los ingleses de ver correr sus perros, que de alcanzar la caza; les importa menos poseer la liebre, que hacer ganar el premio al perro victorioso.

Estos animales se adiestran fácilmente para la caza. cuando tienen año y medio, se comienza primero por llevarles atados, á fin de que se acostumbren á ello. Despues se les conduce con un lebrele viejo á un sitio donde haya pocas liebres, y se hace de modo que las primeras que vean sean jóvenes y se levanten á corta distancia. El país debe ser llano y descubierto, de manera que el jinete pueda pasar por todas partes, á fin de llegar á tiempo cuando el perro haya cogido la pieza.

Semejante caza ofrece un curioso espectáculo: la liebre, menos torpe de lo que parece, sabe burlar al inexperto perro;

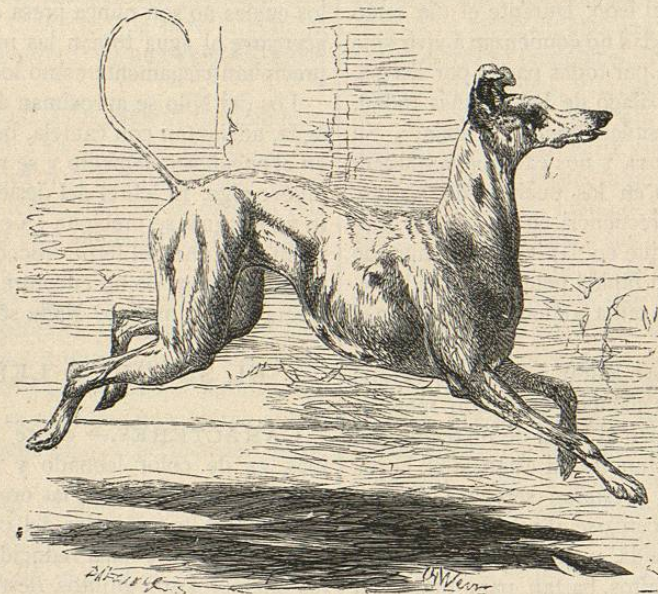


Fig. 189.— EL LEBRELE ITALIANO O LEBRON

el lebrele la persigue á escape, dando saltos prodigiosos de dos á cuatro metros, y en un momento se halla á su alcance, pero cuando la va á coger, se le escapa su víctima. El animal perseguido hace un recorte, mientras que el perro, impulsado por su precipitada carrera, llega mucho mas allá, perdiendo casi el equilibrio; entonces se revuelve furioso, mira á su alrededor, ve á la liebre huyendo á mas de cien pasos de distancia, lánzase de nuevo en su seguimiento, la alcanza al fin y cree cogerla; pero el animal hace otro recorte y se escapa por segunda vez. Una caza así duraría eternamente, si no se soltaran dos lebreles contra la pieza; el uno la persigue y el otro le corta la retirada, y así se confirma el proverbio de que, *á muchos perros liebre muerta*. En el momento de ser cogido el animal, debe llegar el cazador, pues de lo contrario, los lebreles devoran y destrozan su presa. Se da el nombre de *salvador* al perro que impide á los otros que se coman la caza, y *solista* al que por sí solo sabe acorralar una liebre. Ambos son muy buscados y se pagan á un alto precio.

De todos los perros, estos son los mas ligeros y rápidos para la carrera (1).

Tienen un instinto particular, dice Leonard, para cazar la liebre, y de ahí les viene su nombre de *lebreles*.

(1) Acerca de la agilidad de un buen lebrele, puede citarse el caso observado por unos ingleses y referido por Daniel. Este cuenta que un par de lebreles, persiguiendo una liebre, recorrieron 4 millas en el espacio de 12 minutos, calculadas las vueltas y revueltas que debió dar aquella en semejante apuro, de modo que la rapidez de su carrera fué aproximadamente igual á la de un tren de viajeros de regular velocidad. La liebre pereció de fatiga antes que pudieran cogerla los dos lebreles.

lebre debe dar tanto trigo como se necesita para cubrir el cuerpo de la víctima, que se cuelga de las patas, de modo que el hocico llegue al suelo. Teniendo en cuenta el alto precio que el grano alcanza en aquel país, se podrá formar una idea de la enorme suma que representa la multa.

En 1848 pasé algunas semanas en Melbers, en el Kordofan, y pude observar cómodamente el lebre del interior de Africa. Aunque los habitantes cultivan los cereales, viven casi exclusivamente de la caza y de la cria de ganados; así es que tenían perros de pastor en el campo y lebreles en el pueblo. Al pasearse por las calles, era verdaderamente agradable ver delante de cada puerta tres ó cuatro de estos magníficos animales, que parecían disputarse el premio de la belleza.

**APTITUDES Y USOS.**—Estos lebreles son muy vigilantes, cualidad que los distingue de los demás; protegen el pueblo contra los ataques nocturnos de las hienas y leopardos, y no retroceden sino ante el león. Durante el día están tranquilos y silenciosos; en realidad no comienzan á vivir sino por la noche, y entonces trepan por todas partes por las paredes y suben á los tejados de bálago de las cabañas redondas de los indígenas, donde se sitúan como en atalaya. Su destreza para preparar es maravillosa, y nos causaba verdadera admiración; habia ya observado en los pueblos de Egipto, que los perros se ven con mas frecuencia en los tejados unidos y horizontales de las casas que en las calles; y aunque en Melbers ofrecen aquellos una rápida pendiente, los lebreles parecían encontrarse allí con tanta comodidad como en el suelo.

A la entrada de la noche se oye ladrar á varios de ellos; pero bien pronto queda todo en silencio, y cuando mas, se percibe el ruido que hace un perro al bajar de un tejado que ocupa y sobre el cual duerme. Durante mi estancia en la población, no pasó noche sin que prestaran servicios. Si una hiena ó un leopardo tratan de acercarse al pueblo, y los divisa un perro, les acomete en seguida, y en un instante se halla toda la jauría en pié; algunos saltos bastan para que cada perro se lance desde su tejado á la calle á fin de reunirse con los otros, y entonces toda la manada se precipita fuera del pueblo. Un cuarto de hora despues vuelven victoriosos porque han puesto en fuga al enemigo; pero si viene un león, se agachan temerosos y se ocultan aullando en la seriba ó á lo largo de la cerca que rodea el pueblo.

No se pasa semana sin que los lebreles dejen de tener algunos días de jolgorio: cuando llega uno de ellos, se oye la bocina desde muy temprano, cuyo sonido excita á estos animales, animándoles de una manera indescriptible. Al oír por primera vez el toque particular de este instrumento, no sabia lo que significaba; pero los perros lo habian comprendido, pues inmediatamente se lanzaron tres ó cuatro de cada casa, y bien pronto vióse el que tocaba rodeado de una jauría de 50 á 60 individuos. Llenos de impaciencia, saltan, ladran, aullan, corren de derecha á izquierda, se persiguen; y algunos tratan de tomar el puesto á los que están mas cerca del hombre. Todo indica y revela á las claras su excitación.

Los jóvenes salen á su vez armados de lanzas y provistos de lazos; entonces se comprende lo que significa el toque de la bocina; es la señal de emprender la caza; cada cual trata de reunir sus perros; un hombre se encarga de conducir cuatro ó seis, y por cierto que no es cosa fácil contener á los impacientes lebreles. Todos tiran de la cuerda que les sujeta, aullan, ladran y promueven un estrépito infernal, hasta que al fin sale del pueblo toda la jauría.

Rara vez se alejan mucho: en los bosques mas cercanos abunda la caza, y gracias á la destreza y celo de los perros, es fácil encontrarla. Cuando llegan á un taller, se forma un vasto círculo y se sueltan los perros, los cuales se precipitan

al interior de la espesura y se apoderan de casi todas las piezas que allí se encuentran. Yo los he visto coger avutardas, pintadas y perdices del desierto; y esto me parece bastante para que se pueda apreciar la agilidad de aquellos lebreles, que se apoderan hasta del antilope. Su caza ordinaria consiste en gacelas, liebres y perdices; ciertos carnívoros, tales como los perros salvajes y los zorros, caen alguna vez en su poder; y hasta me han asegurado que en cada cacería es víctima de estos perros algun leopardo, guepardo ó hiena.

Estos lebreles son el orgullo de los habitantes del desierto, quienes se muestran avaros de su conservación. Los indígenas sedentarios del valle del Nilo carecen de animales de esta especie; rara vez se ve á un árabe del desierto bajar hasta dicho río con dos ó tres de estos preciosos perros, pues generalmente son devorados por los crocodilos. No sucede esto con los perros nacidos ó criados en las márgenes del Nilo, los cuales no son nunca presa de los terribles saúrios, pues al acercarse al agua toman las mayores precauciones, y no se precipitan ciegamente como los perros del desierto.

Los del Nilo se aproximan á la orilla, examinan bien el agua, adelantan con cautela, beben á sorbos, con los ojos fijos en el engañoso elemento y se retiran apenas observan que se mueve algo. El lebre del desierto, que ignora el peligro oculto en el agua, se precipita en el río para bañarse, y es muy pronto víctima del feroz crocodilo. Pero ¿será esta efectivamente la causa de no encontrarse lebreles en aquellas orillas, ó será otro el motivo? Nada sé sobre el particular.

#### EL SLUGUI Ó LEBREL DE ARABIA

**CARACTERES.**—Este lebre, dice el general Dumas, es de color leonado y alto de talla; tiene el hocico afilado, la frente ancha, las orejas cortas, el cuello abultado y carnoso y los músculos del cuarto trasero muy pronunciados; el vientre se halla reducido á la mas mínima expresión; los miembros son enjutos, destacándose los tendones de un modo muy pronunciado; el jarrete toca casi el suelo, la cara plantar poco desarrollada y enjuta, los radios superiores muy largos, el paladar y la lengua negros, el pelo muy suave. Entre los dos ileos se nota el espacio suficiente para colocar cuatro dedos, y el extremo de la cola, pasando por debajo del muslo, debe alcanzar al hueso del anca.

Comunmente se acostumbra á dar mas fuerza á los músculos aplicando fuego en los ante-brazos del individuo.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Esta raza no ha franqueado el desierto africano.

**APTITUDES, EDUCACION Y USO.**—En el Sahara, así como en el país árabe, el perro no es para el hombre sino un criado importuno y despreciable, cualquiera que sea la utilidad que pueda proporcionarle, bien guardando las cabañas ó los ganados. Solo el lebre se granjea el aprecio, la consideración y el cariño de su amo; considérase como inseparable compañero en sus expediciones lo mismo el rico que el pobre, siendo para el último hasta un buen proveedor que le sustenta.

Por esto no se le escasean los mas solícitos cuidados, y se vigila el cruzamiento con las mismas precauciones que el de los caballos. Hay hombre en el Sahara que recorre veinti cinco y treinta millas á fin de aparear una bonita galga con un renombrado lebre. El perro bien adiestrado caza á la gacela á la carrera; si divisa á una paciendo, la alcanza antes que haya tenido tiempo de tragar la yerba que tiene en la boca. Aunque esto deba considerarse como una hipérbole tan propia de las gentes orientales, no deja en el fondo de tener su fundamento.

Quando la *Sluguia* pare, no se pierde nunca de vista á

los cachorros, llegando el caso de darles de mamar las mismas mujeres. Luego llegan las visitas, tanto mas numerosas y solícitas, cuanto mayor es la reputación de la perra; rodean al amo, le ofrecen dátiles y alcuzcuz, y no omiten ninguna lisonja para obtener un pequeño lebre, diciéndole cosas por este estilo: «Yo soy amigo tuyo; te ruego, que me des lo que te pido; yo te acompañaré en tus cacerías, etc.»

A todas estas demandas contesta el amo generalmente, que no elegirá los cachorros que desea conservar hasta pasados siete días, reserva motivada por una observación de las mas singulares que hacen los árabes. En cada parto sucede siempre que uno de los recién nacidos se sube sobre los otros, sin que pueda decirse si esto es por tener mas fuerza ó por una simple casualidad. Para asegurarse de ello se aleja al cachorro de su sitio acostumbrado, y si vuelve siete días seguidos, el amo funda en él tan grandes esperanzas, que no lo cambiaría ni por una negra. Hay tambien una preocupación, según la cual se cree mejor el cachorro que pare la hembra primero, ó bien el tercero ó el quinto; en una palabra, todos los que hacen número impar.

A los cuarenta días se desteta á los cachorros, aunque se les sigue dando leche de cabra ó de camella, mezclada con dátiles ó alcuzcuz. Los rebaños son tan numerosos en el Sahara, y es tan abundante la leche, que no es extraño que los árabes ricos reserven cabras para alimentar á los cachorros despues de haberlos destetado.

Quando los lebreles jóvenes llegan á la edad de tres ó cuatro meses se comienza á enseñarles. Los muchachos hacen salir de su agujero á los gerbos ó á unas ratas llamadas *boualal*, y sueltan contra ellas lebreles pequeños, que animándose poco á poco, se precipitan en su seguimiento y ladran al derredor de sus guaridas, sin abandonar la persecución hasta que se les llama.

A los cinco ó seis meses se trata ya de una presa mas difícil de coger, cual es la liebre. Varios hombres á pié conducen al perro hasta cerca de la guarida donde está el animal que debe perseguir, y con una ligera exclamación dan el aviso al joven perro, que se lanza sobre él, acostumbrándose así muy pronto á una inteligente y rápida carrera.

Despues de la liebre se pasa á las gacelas jóvenes: acérranse los cazadores á los sitios donde reposan con su madre, llámase la atención del lebre, y se le suelta cuando está bien animado y se encabrita dominado por su impaciencia. A las pocas lecciones de este género, el lebre se adiestra perfectamente y comienza á tomar gusto en la persecución de las gacelas madres.

Quando cumple un año, está ya casi desarrollada del todo su fuerza; pero todavía no se le hace trabajar ni se le dedica á la caza hasta que cumple los quince ó diez y ocho meses. Desde esta época se le tiene siempre atado, y á veces se necesita mucha fuerza para contenerle, pues cuando el lebre olfatea la caza, según dicen los árabes, es tal su vigor muscular, que si se afirma sobre sus patas, apenas puede un hombre hacerle levantar una pierna. Cuando el perro divisa un rebaño de treinta ó cuarenta gacelas, estremécese de alegría y mira á su amo, el cual le dice: «¡Ah hijo de judío! no dirás ahora que no las has visto.» El cazador desata entonces su piel de macho cabrío, refresca el lomo, el vientre y las partes naturales del lebre, y lleno este de impaciencia, dirige á su amo una mirada suplicante, hasta que se ve libre. Entonces salta, se oculta, se agacha, prosigue su carrera oblicuamente, y solo cuando se halla á distancia conveniente, precipitase con todo su ímpetu, y elige por víctima el mas hermoso macho del rebaño.

Quando el cazador descuartiza la gacela, da al slugui la carne que está cerca de los riñones; si se le ofrecieran los intestinos los rechazaría desdeñosamente.

El lebre que no sabe cazar á los dos años, no aprenderá nunca.

Este animal es inteligente, pero tiene un excesivo amor propio: cuando al azuzarle se le designa una hermosa gacela, y no consigue matar sino una de mediano aspecto, muéstrase muy sensible á las reprensiones, y se aleja avergonzado sin reclamar su parte. El lebre rebosa de vanidad y se da mucha importancia: un slugui de raza no come ni bebe en una vasija sucia; y rehusa la leche si alguno ha metido en ella las manos: exagerada delicadeza á que le han acostumbrado en aquel país. En cambio, el perro vulgar, guardian vigilante y útil, se ve precisado á buscar su alimento entre los restos de animales y los huesos; y mientras se le rechaza vergonzosamente lejos de las tiendas y de la mesa, descansa el lebre en el compartimiento reservado á los hombres, sobre mullidos tapices ó en la misma cama de su amo. Para preservarle del frío se le cubre con mantas como al caballo, y si el animal es friolero, se ve en ello una prueba de que es de pura raza. Las mujeres se complacen en llenarle de adornos, poniéndole collares de conchas, y tambien talismanes, para librarle del mal de ojo. Se le alimenta con mucho cuidado, dándole manjares escogidos, entre ellos el alcuzcuz; á fin de que tenga fuerza en el verano, le preparan para su comida una pasta de leche y dátiles, quitándoles los huesos; hay personas que nunca dan de comer á sus lebreles durante el día.

Para dar una idea de la consideración que á los ojos de aquellas gentes merece este perro, puede añadirse que acompaña á su amo á las visitas, en las cuales recibe como el hospitalidad y le dan su parte de cada manjar.

Un slugui de pura sangre no caza nunca sino con su amo; y por su limpieza, respeto y movimientos graciosos puede adivinarse que sabe reconocer la consideración que le dispensan. Tiene la costumbre de practicar un hoyo y cubrirle de tierra despues de haber depositado en él sus excrementos. Al regresar el amo despues de una ausencia algo prolongada, el lebre se precipita de un salto sobre la silla del caballo y le acaricia; y cuando los árabes le dirigen palabras cariñosas, brinca y caracolea á su alrededor, como si comprendiese y quisiera responder.

La muerte de un slugui es un duelo para todos los habitantes de la seriba: mujeres y niños le lloran como á un pariente ó amigo, porque él era el que alimentaba á todos; y á esto se debe que no se quiera nunca vender el lebre de la familia, si bien se accede alguna vez á las súplicas de las mujeres, de los parientes ó de los jefes venerados.

Hay lebre que por sus condiciones vale tanto como la hembra de un camello, y otros, cuyo precio equivale al de un buen caballo. A veces se cruzan apuestas á favor de tal ó cual lebre, consistiendo aquellas en carneros, dátiles, etc.

El slugui del Sahara es en mucho superior al del Tell; los lebreles mas afamados allí son los de las tribus de *Hamiene*, *Oulad-sidi-chikh*, *Harar*, *Arbaa* y *Oulad-nail*.

#### EL LEBREL DE GRECIA—CANIS GRAJUS

Este lebre existia en Atenas en tiempo de Xenofonte, quien habló de él en sus obras.

**CARACTERES.**—De todos los perros domésticos, este lebre (fig. 188) es el que mas se asemeja á los salvajes. Tiene el cuerpo muy flaco, miembros raquíuticos, aunque esbeltos, cabeza puntiaguda de graciosa forma, y el tórax ancho. Su cráneo prolongado, el hocico agudo, las orejas bastante largas, delgadas, puntiagudas, á medio levantar, con el extremo doblado y cubiertas de pelos cortos, y sus gruesos labios comunican á la cabeza una elegancia particular.

La largura del cuerpo de un lebre grande de Grecia varia